

Identidad – Una mirada al nuevo decreto

James Corkery SJ

Habiendo crecido en los años 60 en una pequeña ciudad del suroeste de Irlanda, nunca se me ocurrió preguntarme quién era yo o quiénes éramos nosotros. En una sociedad en la que durante mucho tiempo no hubo ninguna diversidad evidente; en una comunidad de valores compartidos y estrechos vínculos (a veces demasiado estrechos), en muchos de nosotros no afloró nunca inquietud alguna sobre nuestra identidad. Cuarenta años después, ocurre todo lo contrario. La nuestra es una época de múltiples imágenes y estímulos; de nuevas versiones y cambios totales; de diversidad de comunidades, religiones y lenguas; en la que viajar en avión se ha generalizado; y en la que impera la sensación de tener posibilidades ilimitadas para escoger (de manera que “escoger” en sí mismo, se ha convertido en nuestro principal problema). Este contexto de pluralidad hace que ahora todos se planteen cuestiones de identidad: ¿quien soy y quiénes somos nosotros? Los jesuitas, que no están protegidos de los vientos del momento en que vivimos, hemos tenido por tanto que hablar de nuevo de nuestra identidad y adentrarnos en las profundidades de la vida jesuita y la tradición, para presentar, en un contexto global y totalmente cambiado, qué es la identidad jesuita hoy.

Como los lectores de *Promotio Iustitiae* sabrán, las tres CCGG anteriores a la 35 dedicaron gran atención a describir y clarificar la misión de la Compañía en el mundo contemporáneo; pero en estos últimos tiempos hay una creciente preocupación sobre el hecho de que deberíamos hablar no solo de qué hacemos y cómo lo hacemos, sino también de por qué lleva-

mos a cabo nuestra misión tal como se señaló en las CCGG 32 a 34. ¿Quiénes somos los jesuitas que actuamos en esta línea, que juntos todos los compañeros de la gran familia ignaciana, trabajamos para hacer que el sueño de Dios para el mundo, el reino de Dios, esté mas próximo? Incluso antes de que empezara la CG 35 ya se señaló que teníamos buenos documentos, pero que necesitábamos nuevos impulsos para ponerlos en práctica de forma mas completa. En un contexto secularizado y religiosamente ecléctico, se han oído muchas voces que piden se defina qué es lo que motiva nuestra misión. Algunos jesuitas han informado que con frecuencia la gente dice: “Gran parte de lo que hacéis (trabajar por la justicia, la educación, las cuestiones intelectuales, el ministerio de los Ejercicios Espirituales) lo podríais hacer sin ser jesuitas; entonces ¿qué tiene de especial ser jesuita, cual es vuestra identidad?” En el ultimo número de *Promotio Iustitiae*, anterior a la apertura de la CG 35, el editor escribió “En todo el mundo se siente el deseo de arraigar nuestro compromiso social en nuestra fe; de poner en primer plano nuestro compromiso con la justicia en nuestra identidad como pueblo que cree en la presencia activa de nuestro Dios en medio de nuestro mundo”¹. ¡Ya aparece la palabra identidad antes de la Congregación! Una preocupación similar por el vínculo entre nuestro trabajo a favor de la justicia, y la fe, la encontramos en el mismo número de *Promotio* cuando el teólogo irlandés jesuita Gerry O’Hanlon, señala que “perdemos perspectiva si nuestro trabajo por la justicia no está impregnado, alimentado, y enraizado en la fe”². Por lo tanto el deseo de expresar más vívidamente la unión entre la misión que llevamos a cabo, y la fe en la que está enraizada, estaba presente ya antes de la CG 35. Esta unión es la clave para la Identidad Jesuita y el decreto sobre la identidad busca expresarlo de forma inspiradora para nuestro tiempo.

¹ Fernando Franco SJ, “Editorial”, *Promotio Iustitiae* 97 (2007/4), p. 5.

² Gerard O’Hanlon SJ, “Esperanza”, in *ibid.*, p. 41.

¿Qué tiene de nuevo el decreto en sí mismo?

El decreto sobre Identidad intenta explicar con detalle la historia, la experiencia de Dios, la visión Ignaciana de la fe que subyace en el corazón de la misión jesuita. Lo que es nuevo en relación a los decretos de las CCGG precedentes, es que los jesuitas mismos son descritos, y, por así decirlo, se encendió una luz, por lo que es la “marca” jesuita. El motor, el fuego que nos hace movernos y nos lanza, es lo que la Congregación esta preocupada por resaltar por encima de todo. La Misión, desde luego, no queda al margen – de hecho hay una sección hacia el final del decreto de Identidad que se abre a la misión hoy y que se apoya en el documento específico sobre Misión (decreto siguiente en los textos de la Congregación³). Si embargo, la principal preocupación del decreto sobre la identidad sigue siendo el tema de qué es lo que hace la misión específicamente jesuita, ignaciana y centrada en la llamada de Cristo, el Señor, ante quien deseamos no estar sordos sino receptivos y llenos de entusiasmo⁴.

La experiencia de Dios en San Ignacio, y su modo de proceder (que nace de esta experiencia) están en el corazón del texto que expone, que tal y como fue en su vida, así será en la nuestra – aunque nuestro contexto es diferente. De manera que la historia que comenzó con Ignacio y sus primeros compañeros, y que condujo a la fundación de la Compañía de Jesús, puede calificarse como el relato más grande o la mayor historia colectiva, porque dentro de ella se puede ir incluyendo la historia de aquellos que la viven posteriormente, y en ella pueden encontrar sentido y dirección. Es un asunto de historias individuales, encontrando – sin perder la particularidad de cada uno – un lugar común en la historia de la Compañía; y este lugar común les proyecta, ofreciéndoles mayores posibilidades y participación en una aventura que está en marcha, para encontrar a Dios en Cristo presente en el corazón

³ Ver Un fuego que enciende otros fuegos: Redescubrir nuestro Carisma (en adelante Un fuego), párrafos 20, 24.

⁴ Ver Ejercicios Espirituales, n. 91, y Un fuego, párrafo 2.

del mundo⁵. Se espera que aquellos que estén llamados a esta aventura sean moldeados por Dios como lo fue Ignacio. El texto recuerda la transformación suave pero profunda de Dios en Ignacio, en su convalecencia, cuando se dirige a Manresa a orillas del río Cardener, y en La Storta en su camino hacia Roma. Después destaca los progresos que se produjeron debidos a la visión de La Storta, tras la cual los primeros compañeros centraron sus vidas en seguir al Señor portando su cruz, y en hacerlo en la Iglesia y para el mundo como un único cuerpo apostólico. La transformación de la persona de Ignacio para su misión, que sería la fundación de la Compañía para el “bien de las almas”, es ahora recordada, para que aquellos que lean el texto se comprometan de nuevo a su propia transformación por Dios para la misión – para convertirse, como decimos desde la CG 34, en siervos de la misión de Cristo.

Ya está claro que la Identidad y la Misión son inseparables. El decreto busca resaltar esto de una manera vívida mostrando que no sería suficiente seguir adelante con la misión – observar incluso de un modo generoso, todo aquello que las CCGG 32 y 34 nos han puesto delante – si no lo hacemos como Ignacio lo hizo: encendido con el amor de Dios que le envió al mundo, para amarlo con ese mismo amor. En un momento en el que las personas frecuentemente admiran lo que hacen los jesuitas, aunque no sepan por qué lo hacemos, es importante indicar que ninguna de nuestras escuelas y universidades jesuitas, ninguno de nuestros centros pastorales, sociales o de espiritualidad, ni siquiera el Servicio Jesuita a Refugiados, es comprensible a menos que la polaridad de estar con Cristo y al mismo tiempo permanecer activo en el mundo, sea expresada y quede patente en ellos. Vivir esta polaridad es vital para la identidad jesuita. El decreto destaca varias de estas situaciones que están enraizadas con la experiencia de San Ignacio⁶.

⁵ Ver Un fuego, párrafos 3 y 4.

⁶ *Ibid.*, párrafos 8-10.

El reto del Decreto de Identidad

La llamada a ser fiel de una manera creativa a las “polaridades ignacianas” es el principal reto al que nos enfrenta este nuevo decreto. Es muy difícil ser contemplativo y activo al mismo tiempo, sin impulsar un aspecto más que el otro. Aquí, insiste el decreto, está el corazón de la identidad jesuita: estar siempre totalmente enraizado en Dios y simultáneamente inmerso en el mundo. Idealmente, los jesuitas viven de una gracia sobrecogedora que nos inclina a ver el mundo con los ojos de Cristo, amándolo con Su corazón y sirviéndole con Su compasión. No se trata de buscar las necesidades, o hacer el bien, o actuar de un modo justo, solos. Ni se trata de tener fe, orar, o vivir de un modo contemplativo, solos. Mas bien se trata de hacerlo juntos. Tanto en los párrafos del decreto sobre las polaridades ignacianas, como en los párrafos que tratan explícitamente de seguir a Cristo, se muestra que cuando estamos con ÉL estamos activos en el mundo y que cuando estamos activos en el mundo estamos con ÉL⁷. El reto es no dejar nunca que se disuelva esta unión creativa entre la oración y el servicio. El decreto ofrece un recordatorio esperanzador de lo fructífero de esta unión, señalando cómo, desde la opción explícita de la Compañía por los pobres en la CG32, nuestro servicio entre los pobres ha profundizado nuestra fe tanto individual como corporativa⁸. El reto de las polaridades ignacianas se hace presente aquí: en los pobres encontramos a Dios; con Dios encontramos a los pobres. Aquí están la fe y la justicia juntas: la oración y la acción, Dios y el mundo, misticismo y servicio. El núcleo de la identidad jesuita se encuentra en mantener la unión fructífera entre estos “pares”.

El decreto sobre identidad lleva consigo otros retos – polaridades – que no pueden ser examinados con detalle aquí. Por ejemplo, el reto de ir a las fronteras y al mismo tiempo permanecer en el corazón de la Iglesia. La misión jesuita es acogida

⁷ *Ibid.*, párrafos 12-15.

⁸ *Ibid.*, párrafo 15.

por la Iglesia, desarrollada con obediencia al Papa y con fidelidad creativa al Magisterio. Esto requiere una manera fructífera de vivir las tensiones, que surgen entre la tradición y la innovación, entre vivir de lo que se recibe y transmitirlo en nuevos sitios y de nuevas maneras⁹. Reflexionando sobre esto, nos damos cuenta de que es algo más que meras palabras! Piensa – tal como nos requirió la reciente CG 35 – en el reto de hablar de Cristo en culturas en las que su presencia tenga profundas raíces aunque su cara hoy sea irreconocible, y también en el reto de hablar de ÉL donde la religión cristiana sea una minoría reducida, y que no pueda ser presentado de un modo que pase por alto la profunda fe religiosa que le rodea. O piensa cómo nuestra opción por los pobres significa en muchos lugares oponerse a la pobreza, pero no en sentido simplista materialista, como si pensáramos que nos bastamos solos, ni en un sentido simplista espiritualizado, como si la obligación de compartir los bienes del mundo pudiese de alguna manera ser ignorada. El decreto sobre identidad señala todas estas polaridades en el corazón de nuestra vocación jesuita no para que sea mas fácil vivir con ellas, sino mas fácil enfrentarnos a ellas. Ya que si no nos enfrentamos a ellas, ponemos en peligro nuestra misión de estar con Dios en su Iglesia, y al mismo tiempo ser enviados al mundo entero.

El decreto y el futuro: ¿Como puede el decreto llevarnos hacia delante?

Actualmente las personas ostentan señas de identidad de infinitas maneras. Se usan signos, símbolos y logotipos con el fin de dejar claro quién somos en este mundo donde prevalece la imagen. Hoy es necesario resaltar los detalles específicos de una identidad de un modo que antes no lo era. El decreto sobre identidad pone cara a los jesuitas, una cara tradicional, y al mismo tiempo contemporánea, se centra tanto en ser como en hacer, en tanto que este último enfoque es el más común de la literatura sobre nuestras instituciones y el que normalmente usamos para ha-

⁹ *Ibid.*, párrafo 18; también 16-17 y 23-24.

blar de nosotros mismos. Con toda la razón; nuestro objetivo debe ser la misión, no nosotros mismos. Sin embargo, queremos atraer a otros a la misión – como jesuitas y también como hombres y mujeres llamados al camino ignaciano – y esperamos hacer esto mejor, detallando claramente lo que está impreso en nuestros corazones y está en el centro de nuestra existencia: el amor de Dios hecho visible en Jesucristo, imagen única de Dios¹⁰.

El subtítulo del decreto es Redescubrir nuestro carisma. No quiere decir que insinúe que este carisma se haya perdido en la vida jesuita, pero puede ser entendido como que hay que ser conscientes de qué aspectos de este carisma han sido algunas veces peor articulados. Los jesuitas hacemos mucha oración, pero no somos monjes; los jesuitas hacemos mucha labor social, pero no somos trabajadores sociales; lo que de verdad nos impulsará hacia delante – siendo fieles a nuestra rica herencia, como “llamas” de aquella primera “llama”¹¹ – es la oración y el servicio: devoción total a Dios y devoción total al mundo de Dios. Nosotros – y nuestros inseparables compañeros en la misión – no podemos hacer esto solos, sino sólo a través de un don divino. No somos nosotros quienes encenderemos el mundo, sino más bien el calor del amor de Dios, con preferencia siempre por aquellos que están marginados o rechazados. En sus caras encontraremos la cara de Dios; en la cara de Dios encontraremos las de ellos; y esta es la única forma de avanzar.

27 Leinster Road

Rathmines Dublin 6, IRLANDA

Original inglés, Traducción de María Rodríguez

Referencias Bibliográficas

Tomado de *Promotio Iustitiae* 98-99

¹⁰ *Ibid.*, párrafos 2, 3 y 26.

¹¹ *Ibid.*, ver el título del decreto (frase del jesuita chileno San Alberto Hurtado, canonizado en 2005).